

delante de mí, ha sido matado por una bomba, ¿no es verdad, caballero?

—Sí, señorita.

—Y como mi padre se ha ocupado toda la vida de química; como ha estudiado todas las materias, todas las sustancias, todos los líquidos que estallan, y como ha inventado... pues conozco todos sus trabajos, un nuevo producto explosivo, dedúcese que él es quien ha arrojado la bomba... Pero ¿de dónde ha sacado esa bomba? ¿en dónde la ha encontrado? ¿en dónde la ha fabricado? ¿quién se la ha dado?... Si un hombre hubiera sido asesinado de un pistoletazo, y encontráseis pólvora en los bolsillos de la persona acusada, ¿se contentaría usted con esa prueba? No. Se ocuparía también de buscar la pistola... Querría usted saber de dónde venía, adónde iba. Pues bien, lo repito, ¿dónde ha podido mi padre procurarse esa bomba? ¿Cómo la tenía en su poder? ¿No le llama á usted la atención esta objeción, caballero?

—Sí por cierto, no carece de valor; se tendrá en cuenta, señorita.

El encanto continuaba. *Reina de hermosura* había dominado decididamente al comisario de policía.

En aquel momento, el inspector abrió tímidamente la puerta de la sala.

—¿Qué quiere usted, Corbin?—le preguntó su jefe en cuanto le vió.

—Quisiera, señor comisario, con su permiso darle cuenta de un descubrimiento grave.

—Hable usted, le escucho.

XX

El inspector, dirigiéndose al comisario, dijo:

—Hace un instante, como no tenía nada que hacer, entreabrí maquinalmente un armario pequeño que hay en la antesala. Estaba lleno de vestidos y de calzado... He creído de mi deber tomar la medida del calzado.

—¿Y qué resulta?

—Que tiene veintisiete centímetros de largo por nueve de ancho. Me parece que es exactamente la misma medida que la de las huellas de pasos que el señor comisario ha visto al principio de su indagatoria.

—Pero también es—repuso inmediatamente la señorita Bérard—el tamaño ordinario del pie de cualquier hombre algo alto... y nada nos asegura de que el asesino del príncipe Lavisine no sea de estatura tan elevada como mi padre.

—¿Y es ése el descubrimiento grave?—preguntó el comisario de policía á Corbin, con tono en que se notaba ligero mal humor.

—No señor. No he hablado á usted del calzado sino para explicarle de qué modo había llegado á hacer ese descubrimiento.

—Veamos.

—Volví á colocar las botas en el mismo sitio en que estaban antes, cuando, en el fondo del armario, en la tabla de abajo, vi unos objetos brillantes.

—¿Qué objetos?—preguntó el magistrado.

El inspector, mirando fijamente á Bérard, que acababa de estremecerse, contestó:

—Bombas de hierro.

—¡Ahl

—Ya sé, ya sé—exclamó en seguida Juana Bérard...—Son recuerdos del sitio. Muchos parisienses los tienen en casa... No hace mucho comerciaban con ellos, los vendían por todas partes.

—¿Y usted los compró?—dijo el comisario, interpellando directamente á Bérard.

—Sí señor.

—¿Como recuerdo?

—No; para estudiar el mecanismo de esas bombas, que son de fabricación alemana.

—¿Cuántas tenía usted?—preguntó el comisario al acusado.

—Dos—contestó Bérard.

—Dispense usted—repuso Corbin con gran cortesía,—me parece que se equivoca usted, caballero. Ha debido usted tener tres.

—¡Nunca, nunca!

—¿Por qué cree usted que había tres bombas en vez de dos?—preguntó el comisario al inspector.

—Porque el armario es húmedo, las bombas podían oxidarse y las han untado de aceite.

—Eso no es contestar á mi pregunta.

—Dispense usted, señor comisario. Aún se ve en la tabla la marca grasienta de la tercera bomba.

—Eso no quiere decir nada—replicó Juana.—Ha podido cambiarse de sitio una de las dos.

—Suplico á usted que me dispense, señorita, pero el redondel señalado por la tercera es mucho más pequeño que el de las otras dos.

El comisario se había levantado. Las impresiones favorables que tenía hacía rato, acababan de borrarse por completo.

—Voy á cerciorarme por mí mismo—dijo. Y añadió, dirigiéndose á Bérard:—Venga usted conmigo.

Un ligero examen le bastó para convencerse de que el inspector había dicho la verdad en todo.

Entonces mandó que cerraran cuidadosamente el armario en el que estaban el calzado y las bombas, un estante para libros, convertido en depósito de productos químicos de todas clases, y los baúles llenos de libros.

Al mismo tiempo, su secretario reunía en un solo paquete los diversos manuscritos de Bérard referentes á su nuevo invento y el borrador de la carta mandada anteriormente al príncipe Lavisine. Después selló ese paquete, destinado al juez instructor, á cuyo poder debía llegar intacto.

Juana, de pie, con el brazo alrededor del cuello de su padre, miraba y escuchaba silenciosamente, sin hacer un solo movimiento. Pero, como el comisario de policía acababa de hablar en voz baja con Corbin y había indicado con la vista á Bérard, Juana creyó que se lo iban á llevar á la cárcel.

Dió algunos pasos y dijo:

—Caballero, por favor, permítame usted que vaya con él.

—Es inútil, señorita,—contestó el magistrado.—Su padre de usted pasará el resto de la noche en su casa, al lado de usted, bajo la vigilancia y la responsabilidad de los agentes que me acompañan.

—¿Y mañana?

—Mañana, la justicia cumplirá con su deber, como yo he cumplido con el mío.

—Y como yo cumpliré con el mío defendiéndole hasta la muerte—exclamó Juana.

Al decir esto, se arrojó en los brazos de su padre.

XXI

Sólo algunas personas se acuerdan ya de este asunto, á pesar de que es muy reciente y ha tenido gran resonancia. Pero, por una parte, París es olvidadizo; se desprende al día siguiente del recuerdo de las cosas que le apasionaron la víspera, pasa con facilidad de una á otra impresión y no puede fijar durante mucho tiempo su atención en un mismo tema. Por otra parte, nos hemos creído en el caso de *desfigurar* lo más posible esta verídica historia, cambiar los nombres de

los personajes principales, modificar ciertos detalles para desorientar á los que pudieran recordarla. Un sentimiento de delicadeza, el respeto hacia ciertas desgracias, nos obligan á hacerlo así. Durante más de ocho días no se habló más que del asunto de que nos ocupamos: el nombre tan conocido de la víctima, su alta posición social, su inmensa fortuna, lo raro del crimen, la posición del acusado, soñador, pero sabio, y por fin los rumores que no tardaron en esparcirse sobre la maravillosa hermosura de su hija, apasionaron los ánimos.

Al pronto, creyeron que se trataba de un crimen político; la colonia rusa se acordó de la guerra encarnizada que el príncipe Lavisine había hecho en otro tiempo á los nihilistas, de las amenazas que surgieron con tal motivo, y de su salida de Saint-Petersburg, en que se creía que su vida estaba en peligro. Pero el juez instructor no quiso ver más que un crimen ordinario, una venganza personal, y, tanto por prudencia como por convicción, descartó toda cuestión política.

No podía obrar de otro modo: desde el principio, después de haber estudiado el parte del comisario de policía, después de haberse personado en el lugar del crimen y de haber procedido á nuevas pesquisas, creyó en la culpabilidad de Bérard y no buscó ningún otro asesino, porque, puesta la mano sobre su conciencia, pensó que no había otro. Y, sin embargo, Juana Bérard defendía á su padre con la misma energía con que lo prometió; le defendió con todo su corazón, con toda el alma, con toda su inteligencia. El juez instructor la oyó diferentes veces, le permitió que

discutiese uno por uno todos los hechos en que se basaba la acusación. Pero ni su elocuencia, ni sus razonamientos, ni aun su belleza, ejercieron influencia alguna sobre un hombre de convicción, que se contentó con admirarla, sin dejarse conmover.

A los ojos del juez, y después á los de la Sala, Bérard aparecía como un desheredado, como un hombre á quien nada salía bien, como un loco, como un enfermo soliviantado por las contrariedades y la miseria, envidioso de la felicidad y de la riqueza de los demás, que había matado en un momento de sobreexcitación al príncipe Lavisine, personificación para él de la riqueza y de la felicidad. No se había querido llevar el asunto al terreno político, pero indirectamente se llevaba al terreno social. Se negaban á ver en Bérard á un nihilista, pero le presentaban como socialista, tanto más peligroso cuanto más apartado de la sociedad y más ensimismado había vivido hasta entonces.

Al mismo tiempo, la acusación daba á entender que la venganza no había sido tal vez el único móvil del crimen; la muerte del príncipe daba á Bérard un respiro, aunque corto: se quedaba en su habitación, no le vendían los muebles al día siguiente, tenía tiempo para pagar y quizá para no abonar nunca los alquileres vencidos, si los herederos se manifestaban elementes.

En París no había más que una persona que tuviera motivos para mirar las cosas bajo otro aspecto: era el barón de Merieux. Como todo el mundo, creyó en la culpabilidad de Bérard; pero dudaba si sería cómplice ó instrumento de los enemigos políticos del príncipe Lavisine. Esta idea le preocupó hasta el punto

de que hizo una visita al príncipe Orsiloff, de regreso en París hacía ya algunos días.

—¡Qué tal! ¿No se lo había yo anunciado á usted?—dijo el príncipe al verle.—El pobre Lavisine no podía vivir mucho.

—Sus enemigos políticos son los que le han matado, ¿no es verdad?—preguntó el barón.

—No lo creo—contestó Orsiloff.—Se les ha adelantado ese Bérard, exasperado por su tiranía... El príncipe se ha manifestado tan intratable en un negocio privado, como severo y violento cuando se ocupaba en Rusia de los asuntos públicos... Pero ¿qué le importa á usted el saber por qué y por quién ha sido asesinado el príncipe?... Ha muerto, bien muerto está... La princesa es ya viuda, y dentro de un año, á más tardar, podrá usted casarse con ella.

—¿Cree usted que sea tan fácil?

—Para usted, sí... Le ama á usted hasta el punto de cometer las mayores locuras.

—¿Y usted qué sabe?

—Yo lo sé todo... Gracias á ese asesinato—continuó Orsiloff con su inalterable sangre fría,—el negocio objeto de nuestra asociación presenta más probabilidades que nunca... Así es que tengo el propósito de aumentar el capital social y de entregar á usted mañana mismo un nuevo dividendo.

Saludó al barón con la mano y le despidió.

XXII

La vista del proceso Bérard ha empezado desde por la mañana en París, en el Palacio de Justicia.

Son las ocho de la noche: las lámparas esparcidas por uno y otro lado, ó descansando en arañas de bronce colgadas del techo, alumbran débil y tristemente la inmensa Sala. La atmósfera es pesada, asfixiante. La muchedumbre, apretada y compacta, se ha introducido por todas partes poco á poco, con la perseverancia, con el empeño de gentes que quieren ver, que quieren oír. Hace mucho tiempo que los sitios reservados para los testigos y para algunas personas privilegiadas han sido invadidos por el público. En el banco de los abogados y en el de los periodistas se han sentado personas de distinta profesión. En la plataforma, detrás del presidente, detrás del tribunal, están, unas de pie y otras sentadas, más de cincuenta personas, magistrados, funcionarios públicos, diputados y senadores. Algunas señoras de la aristocracia, entre las que hay varias de la colonia rusa, han llegado poco á poco hasta la primera fila. Se ven dos muy lindas y muy conocidas, recostadas contra el banco del abogado defensor.

Y, sin embargo, esa muchedumbre, compuesta de

elementos tan diversos, cansada por largos debates, rendida, conmovida, escucha silenciosa y atentamente el resumen del presidente, que recuerda los hechos de la causa, los testimonios más importantes y los argumentos presentados por el fiscal y por el abogado del procesado. Es árido, seco, frío. La palabra no es ya apasionada, vibrante. Ya no se ve correr lágrimas, ya no se oye latir los corazones. Todo cuanto había dado animación á los debates se ha desvanecido.—El abogado, ardiente en la defensa, aprovechando los menores incidentes, protestando contra la acusación, haciendo resaltar todas las inverosimilitudes, elocuente, apasionado, convencido, diciendo con vehemencia: «¡Este hombre es inocente, este hombre es inocente! ¡Señores jurados, lo juro por mi honor!»—El acusado, sentado en su banco, pálido, tímido, haciendo esfuerzos inútiles para sustraerse á las miradas que se fijan en él, violento antes, y ahora domado, sumiso, anonadado por la desgracia que le persigue, recobrando sólo alguna energía cuando su hija le grita: «¡Pero contesta, protesta, defiéndete!»—Y ella, ella, Juana Bérard, á pesar de sus veinte años, admirable de firmeza, de imaginación, de sangre fría y de audacia, restableciendo los hechos, aconsejando al abogado, animando á su padre, gritando al fiscal de la República: «¡No es eso, yo no he dicho eso, no se ha dicho eso!» Todos la han admirado, tanto por su belleza como por su energía: el público, los jurados, los testigos y el tribunal.

El presidente ha acabado su resumen. Después, dirigiéndose á los jurados, les indica las preguntas á que tendrán que contestar, les recuerda su juramento,

lee exhorta á no dejar indefensos los intereses de la sociedad ni los del procesado, y á que resuelvan con toda la libertad de su conciencia.

El jurado se retira á la sala de deliberaciones.

Transcurre media hora; entre el ruido y el tumulto de las conversaciones se oye un campanillazo. Al ruido sucede un profundo silencio: «Señores, el tribunal.»

El presidente se vuelve hacia los jurados y les pregunta cuál es el resultado de sus deliberaciones.

El jefe del jurado se levanta, y con la mano puesta sobre el corazón, con voz conmovida, dice:

«Por mi honor y mi conciencia, ante Dios y ante los hombres, la declaración del jurado es: Sí, por mayoría, el acusado es culpable... Por mayoría, hay circunstancias atenuantes en favor del acusado.»

Un estremecimiento doloroso ha recorrido toda la sala. Se oyen rumores confusos.

Juana Bérard, indignada, quiere hablar; el defensor le coge las manos y le suplica que se calle. Obedece y se sienta, pálida, temblorosa.

Introducen al acusado.

Mira á su hija, comprende que está perdido y se dirige á su sitio con la cabeza baja.

El presidente pregunta al acusado y á su defensor si no tienen nada que decir sobre la aplicación de la pena. Estos no contestan.

Los jueces se levantan y, sin salir de la sala, sobre la plataforma, deliberan.

Pronto vuelven á ocupar sus asientos, y el presidente, después de haber leído el texto de la ley, pronun-

cia la sentencia que condena á Juan Bérard á cadena perpetua.

Entonces, Juana Bérard se levanta, da dos pasos hacia el banco de los jurados y, cruzándose de brazos, mirándolos frente á frente, grita con voz fuerte y enérgica: «Señores, habéis condenado á un inocente.»

XXIII

La vista acabó demasiado tarde para que la señorita Bérard pudiese alcanzar la autorización de abrazar á su padre y de pasar un rato con él. Sin embargo, fué á la Conserjería, logró ver al director y procuró conmoverle. Pero no lo consiguió: el reglamento prohíbe terminantemente las visitas nocturnas en las cárceles.

Se retiró desesperada y llegó al cuartito de tres piezas que ocupaba en la calle Saint-Honoré. Al día siguiente de la detención de su padre comprendió que no tendría valor para vivir en aquella casa del boulevard de Courcelles, sola, privada del querido compañero de su infancia y de su juventud, y se marchó, abandonándolo todo á la justicia y á la policía, dejando los muebles que le recordaban tiempos más felices y llevándose únicamente algunos retratos, algunos recuerdos de que los curiales desdeñaron apoderarse.

Después, pasando su vida en el despacho de su abogado y en la cárcel, cuando se levantó la incomunicación, se consagró por completo á la defensa de su padre, dominada por un solo pensamiento: demostrar su inocencia, salvarle.

Desgraciadamente, el resultado de tantos esfuerzos había sido... una terrible sentencia.

Y, sin embargo, la noche que siguió á esa sentencia pudo dormir: el éxito, la alegría la hubieran desvelado tal vez; pero el dolor la anonadó. Cayó vencida, destrozada sobre la cama y disfrutó de algunas horas de reposo, reposo que sus nervios sobrecitados, que su atormentada imaginación, que la fiebre que la devoraba, le negaban hacía ya tres meses.

Pero ¡qué despertar! ¡qué terrible despertar! Todo había terminado: la justicia de los hombres había hablado: su padre estaba sentenciado, sentenciado á ser trasladado allá, más allá de los mares, lejos de ella. ¡Sentenciado á los trabajos más penosos, él, hombre de ciencia, hombre de estudio! ¡Sentenciado á vivir con criminales, con miserables, él, tan bueno, tan tímido, tan tierno! ¡Sentenciado á ser enterrado vivo en una tumba!

Y ella ¡qué porvenir! ¡Sola, sola en el mundo! ¡Sin conocer ni á un pariente, sin tener ni una amiga!

¿Y la vida material? ¿Cómo iba á procurarse el pan de cada día, cuando sus últimos recursos, un centenar de francos, se acabaran? ¿Podía acaso confiar en encontrar trabajo, en utilizar la educación que había recibido, en dar lecciones, en hacerse institutriz, por ejemplo, como ya lo había pensado diferentes veces

en sus momentos de apuro? ¿Quién se había de atrever á confiar sus hijos á Juana Bérard, á la hija de un presidiario, de un asesino?

Sentada en una silla en medio de la habitación, con los brazos cruzados, la mirada fija, los ojos secos, reflexionaba y se preguntaba con insistencia si, en ciertos casos, no era lícito pensar en el suicidio... ¡Pero no, no, no tenía ése derecho! Debía seguir defendiéndole, debía tratar de mejorar su situación, ayudarle á conllevar su inmenso infortunio. No podía abandonar al que le había confiado su madre... Debía vencer sus propias debilidades, desprenderse de su inercia, recuperar su energía, vivir para él, ya que no para ella misma.

Entonces, de repente, febrilmente, se vistió. Quería verle, verle inmediatamente: no podían tener la crueldad de cerrarle las puertas de la cárcel.

Al ir á salir, oyó llamar.

Era quizá su abogado, que venía, por compasión, á verla, á consolarla. Abrió.

Era un desconocido, un hombre de treinta y dos á treinta y cinco años, alto, delgado, vestido con elegancia, de rostro y modales distinguidos.

—¿Quién es usted? ¿qué desea usted, caballero?—preguntó Juana sin abrir la puerta del todo.

—Señorita—contestó el recién llegado tímidamente, con voz dulce, con ligero acento inglés,—yo soy sir William Hanley Gardiner.

—Eso nada me dice, caballero; no conozco á usted.

—¿De veras? ¿no conoce usted á sir William Hanley-Gardiner de Nueva-Yorck?

Al oírlo por segunda vez, le llamó la atención aquel nombre; se acordó que, en efecto, lo había oído pronunciar. Pero no tenía tiempo para recibir su visita.

—Dispense usted, caballero—dijo—su apellido de usted no me es desconocido, en efecto; pero tengo mucha prisa.

Él la interrumpió para decirle:

—¿Probablemente va usted á ver á su padre?

—En efecto.

—Pues bien; en interés suyo, señorita, suspenda usted por un momento su salida... Vengo á hablar á usted de él.

—¿De él?

—Sí, vengo á ofrecer á usted salvarle.

XXIV

Juana Bérard hizo entrar á sir Hanley-Gardiner en una piececita que servía á un mismo tiempo de comedor, de recibimiento y de sala, y, ofreciéndole una silla, le dijo:

—Tenga usted la bondad de explicarse. La frase que ha pronunciado usted me ha conmovido sobre manera y tengo ansiedad por saber qué ha querido decir con estas palabras: «Vengo á ofrecer á usted salvar á su padre.»

Sir Gardiner estiró sus largas piernas, de que no sabía qué hacer, y repuso:

—Comprendo, señorita, la impaciencia de usted, y me apresuraré á calmarla; pero las palabras que acaba usted de repetir no tendrían ningún valor, no le inspirarían confianza, si no procurase yo darme á conocer.

—Escucho á usted, caballero.

—Tengo la suerte ó la desgracia, señorita, de ser uno de los hombres más ricos, tal vez el más rico del mundo. No puedo saber con exactitud á cuánto asciende mi fortuna; pero el barón de Rothschild, que tiene á bien manejar una parte de mi capital, me decía hace poco: «Sir Hanley-Gardiner, creo, Dios me perdone, que es usted mucho más rico que yo.»

—¿Con qué motivo me dice usted eso, caballero?—preguntó Juana algo inquieta.

—Es necesario, señorita... De lo contrario, crea usted que nunca... Cuando me conozca usted algo más, se convencerá de que esa fortuna no me enorgullece... Al revés, me avergüenza, me molesta, me parece ridícula, y hasta creo que también me parezco á mí mismo ridículo al poseerla... Lo más horrible es que aumenta de día en día... Soy director y único propietario, en los Estados Unidos, de dos ó tres periódicos de gran circulación, que me producen de doce á quince mil francos de renta diaria... Como no puedo llegar á gastarla, esa renta aumenta continuamente mi ridículo capital.

Impaciente por ir á ver á su padre, extremadamente nerviosa desde hacía algún tiempo, Juana le interrumpió, diciéndole:

—Convenido, caballero. Es usted rico, demasiado rico, ¿y qué más? Por favor, ¿qué más?

—¿Qué más? oiga usted...—dijo, cruzando las piernas.—Ayer por la mañana tuve la ocurrencia de asistir al proceso de su padre de usted... Aprovechaba la ocasión para ver si mis redactores estaban en su puesto, si cumplían con su deber, y si se disponían á mandar á América despachos telegráficos interesantes... Además, esperaba distraerme un poco... Necesito distracciones, me fastidio mucho.

—¿Y á eso lo llama usted una distracción?—dijo Juana.—¡Ver juzgar á un desgraciado!

—Un desgraciado á quien no conocía, señorita—contestó él con la mayor tranquilidad;—un desgraciado que no me inspiraba simpatía ninguna, á quien suponía un asesino vulgar... En realidad, lo confieso, sólo veía en eso una ocasión de distraerme. Llego, pues, al Palacio de Justicia... Había un gentío inmenso. Pero mando una targeta al presidente del tribunal, y un instante después me colocan en la plataforma, detrás del tribunal, enfrente del acusado.

—Conseguiría usted distraerse, caballero—dijo Juana con amargura.

—No, señorita, no; no me comprende usted. Al pronto me interesó; luego me sentí profundamente conmovido.

—¡Ah!

—Sí... Interrogan á su padre de usted... Le miro, le escucho y me digo: La justicia francesa, que se cree la primera del mundo y se burla frecuentemente de nuestra justicia americana, está á punto, me parece,

de hacer una tontería... Ese hombre no tiene trazas de ser culpable... No debe ser culpable.

—¿No es verdad? ¿no es verdad?—dijo Juana acercándose vivamente á sir Gardiner.

—Después la llaman á usted como testigo... La veo. No arrugue usted el entrecejo. Tranquilícese usted. No voy á dirigirle galanterías... Lo que pienso respecto á su hermosura, me lo callo... No quiero ver en usted más que una hija desconsolada, desesperada y digna del mayor respeto... Como iba diciendo, la miro á usted, la escucho, la observo y me digo otra vez: Habla con sinceridad, está convencida, cree en la inocencia absoluta de su padre. No le defiende sólo porque es hija suya y porque quiere salvarle á toda costa, sino porque es inocente.

—Eso es, eso es!—exclamó Juana.— Si hubiera sido culpable, le hubiera defendido, es cierto, pero de otra manera; no hubiera podido...

—Hacerlo con tanto entusiasmo—continuó sir Gardiner,—encontrar acentos que me han conmovido hasta el fondo del alma... Eso es lo que esa gente, jueces, jurados, testigos, público, no han comprendido.

—Pero usted sí lo ha comprendido, ¿no es cierto?

—Sí.

—Gracias, caballero. Aun cuando sólo hubiera usted venido para decirme eso, ha hecho usted bien en venir.

—He venido á otra cosa, señorita.

XXV

Sir Hanley Gardiner continuó, con su acento inglés, que no tenía nada de desagradable, sino que, por el contrario, completaba su originalidad:

—Los testigos declaraban; yo los escuchaba con avidez, y la primera impresión que había recibido, en lugar de borrarse, se fortalecía. «Se equivocan, se extravían, me decía yo; han perdido por completo la cabeza.» Después el fiscal tomó la palabra. Se ensañó con el acusado. Convirtió aquel trabajador, aquel sabio, aquel hombre honrado, en un holgazán, en un envidioso, en un miserable... Y usted se veía obligada á escuchar aquello, á oír tratar de aquel modo á su padre... ¡Ah! ¡qué suplicio!... Yo no dejaba de mirarla á usted, leía sus sufrimientos en su rostro; la sangre aflúa á sus mejillas; de repente palidecía usted, se estremecía después... He visto el momento en que su indignación iba á estallar... Y con razón; ¡si me costaba á mí trabajo el contener la mía!

—¡Ah, gracias, caballero!

—El abogado defensor contestó. ¡Qué cosas más hermosas, cuántas verdades les dijo!... ¿Cómo es posible que no les haya abierto los ojos?... ¡Hombre digno

y excelente!... Después de la vista, he ido á darle un apretón de manos y le he dicho: «He evitado siempre el tener pleitos; pero, en lo sucesivo, los tendré con todo el mundo para confiárselos.»

—Decididamente, sois bueno, caballero—dijo Juana, mirándole por primera vez desde que estaba allí.

—Sí, señorita—contestó con sencillez,—me tengo por bueno; pero hay poco mérito en serlo... La pobreza, la miseria, son las que le hacen á uno volverse malo; y, como soy ridículamente rico, debo ser ridículamente bueno.

—Continúe usted—dijo Juana sonriendo.

—Algunos minutos después, esperaba yo ansioso, oprimido, el veredicto del jurado... Ya lo conoce usted... ¡Su padre estaba sentenciado!... ¡Ah! ha sido para mí un golpe, un rudo golpe; y cuando, impulsada por su indignación, ha exclamado usted: «Señores, habéis condenado á un inocente,» también lo he gritado yo con todas mis fuerzas, con toda mi alma... á mi manera.

—¿A su manera de usted?

—Sí, por conducto de la prensa, á toda la América, al mundo entero... ¿Sabe usted el inglés?

—Sí.

—Pues lea usted esto... Es la copia de un telegrama que puse ayer noche, después de la vista, para los Estados Unidos.

Juana leyó las siguientes líneas, que tradujo en el acto:

«Juan Bérard, acusado de haber asesinado al príncipe ruso Lavisine, ha sido juzgado hoy y condenado

á cadena perpetua. Afirmé usted inmediatamente que se ha cometido un error judicial, que Bérard es inocente.

»Firmado: *Sir William Hanley-Gardiner.*»

—¿A quién ha puesto usted ese telegrama?—preguntó Juana vivamente.

—A todos mis periódicos de América, por mi cable... pues tengo un cable para mi uso particular... Empieza en mi despacho de París y llega hasta mis redacciones de los Estados Unidos y de California... Lo cual me permite enterarlos bien, comunicarme con ellos y estar siempre allí, aun cuando resida en París... Cien mil parisienses leen en este momento, en sus pequeños periódicos, que su padre de usted es culpable... Pero un millón de americanos leen al mismo tiempo, en nuestros grandes diarios, que es inocente... No deja de haber compensación.

—¡Oh! ¡gracias, gracias!—dijo Juana.

—No me lo agradezca usted... Es una satisfacción que me he proporcionado... Estaba furioso anoche... Me he calmado algo con haber podido gritar por mi cable... á través del Océano.

—Pues bien, no se lo agradezco á usted, ya que no quiere; pero le doy la mano como prenda de amistad.

—¡Amistad! ¡Ha dicho usted amistad!—exclamó sir Gardiner...—Acepto, y asunto concluído.

Y al mismo tiempo sacudía vigorosamente, á la inglesa, las dos manos que la joven le había ofrecido, y dijo, sentándose:

—Hablemos de usted... He dicho que venía á ofrecerle la salvación de su padre: busquemos el medio

más adecuado para conseguirlo... Pongo á la disposición de usted mi tiempo, mi influencia y mi fortuna.

—¡Oh!—dijo Juana, algo confusa.

—¡Retrocede usted! ¡tiene usted miedo de un amigo!... Hace usted mal... Soy hombre honrado, señorita, y usted es una joven honradísima... Crea usted en mí... puesto que ya me conoce algo; yo he creído en usted ayer, cuando no la conocía ni poco ni mucho.

—Me siento inclinada á creer, pero quisiera comprender...

—¿Por qué aprecio á usted hasta ese punto?... No puedo decírselo; no lo comprendo yo mismo. Supongamos que soy un estúpido, un excéntrico, un loco, como usted quiera... Pero ¿qué le importa á usted, si mi estupidez ó mi locura le devuelven á su padre?

—Es verdad—dijo la joven sonriendo.—Busquemos los dos la manera de salvarle.

XXVI

Se habían sentado uno enfrente de otro y se miraban francamente, sin segunda intención, como amigos que se conocen hace mucho tiempo. Cierta intuición, cierta simpatía espontánea indicaban á la señorita Bérard que podía tener ciega confianza en aquel extranjero que venía á ponerse á su disposición. En cuanto á sir Gardiner, después de haber creído en ella

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FONDO REYES"

625 MONTERREY, MEXICO

sin conocerla, se sentía ahora dominado por aquella imaginación tan sensata, por aquel corazón tan amante y por aquella hermosura sin par.

—Vamos á ver—dijo éste, sin demasiada gravedad, pues, á pesar suyo, por rareza de carácter, hablaba alegremente de las cosas más tristes,—vamos á ver... Su padre de usted está sentenciado... bueno... No, me equivoco, malo... Pero, si mal no recuerdo, hay un refrán que dice: «No hay enfermedad que no tenga remedio.» El remedio, ya le conoce usted... La apelación... ¿Ha pensado usted en ella?

—Sí, ó por mejor decir, lo ha pensado mi abogado. Pero, apurado por mis preguntas, ha acabado por confesarme que temía que el Tribunal Superior no pudiese anular la sentencia del inferior... Por lo visto, no cree que exista ningún motivo serio de nulidad.

—Yo buscaré motivos, y los encontraré... He estudiado el Código de procedimiento criminal francés, en el mar, en mi yacht... Algún día verá usted mi yacht, es una maravilla... Es mayor que algunas fragatas y que muchos acorazados... Me ha llevado sesenta y dos veces del Havre á Nueva-Yorek y de Nueva-Yorek al Havre... Es un viajecito muy divertido... Lo haremos con su padre de usted cuando esté libre.

La joven le tocó el brazo y le dijo sonriendo:

—Volvamos al asunto, por favor, y antes de llevar á mi padre á América procuremos ponerle en libertad.

—Es verdad, es verdad... Hablo demasiado... Mis frases son tan largas como mis piernas, que no es poco decir... ¡Si usted supiera lo que me molestan mis piernas! no sé qué hacer con ellas.

—Póngalas usted debajo de la silla, y continuemos.

—Eso es. Ahora estoy bien. Cuando haya encontrado las causas de nulidad que necesitamos, iré á hablar con los magistrados del Tribunal Superior. No podrán menos de reconocer la exactitud de mis demostraciones y anularán la sentencia de ayer... Mandarán á su padre ante un nuevo tribunal, que, de seguro, le absolverá... Es cosa de unos tres meses.

—¡Qué bien lo arregla usted todo!—dijo Juana.— ¡Qué seguridad tiene usted! ¡No duda usted nada!

—Dispense usted, si que dudo... Dudo que me amen por mí mismo—dijo sir Hanley alegremente...— Hasta ahora no me ha sucedido nunca... Las mujeres encuentran tal vez que tengo las piernas demasiado largas... Parece ridículo... Como si anduviera sobre zancos... Pero, á pesar de esto, tiene usted razón; de nada dudo, y tengo seguridad de vencer todas las resistencias que me puedan presentar vuestros consejeros y vuestros jueces.

—¿Qué medios va usted á emplear?

—Los medios usuales... Son hombres como los demás... y yo sé cómo se sujeta á los hombres.

—¿Cómo?

—Prometiéndoles riquezas, honores ó amor.

—¿Y se atreverá usted á hacer semejantes promesas á los magistrados?

—Puesto que no dudo de nada, me atrevo á todo; es cosa clara.

—No lo conseguirá usted.

—¿Por qué? Siempre lo he conseguido en América.

—Pero no estamos en América, estamos en Francia.

—¿Cree usted que los jueces de por acá valen más que los de allá.

—Sí, lo creo.

—¡Cál quisiera verlo.

—Ya lo verá usted... Felizmente para mi patria, desgraciadamente para mí.

—¿Y es usted, aquella cuyo padre acaba de ser sentenciado injustamente, la que defiende á sus jueces?

—¿Por qué? Han creído que hacían bien, se han equivocado, y nada más... No los acuso; los compadezco.

—¡Ah! ¡qué muchacha más rara es usted!

—No. Pero tengo en el corazón sentimientos de justicia.

—Entonces ¿no acepta usted mis medios de corrupción?

—¿Quién ha dicho eso? Al contrario... Ante todo, mi padre... Si llega usted á salvarle, se lo agradeceré desde el fondo de mi alma, cualquiera que sea el medio que usted haya puesto en práctica para conseguirlo.

—¡Muy bien! Pondré manos á la obra desde hoy mismo.

—Y yo—dijo la joven levantándose—voy á llevar algún consuelo, un poco de esperanza al desgraciado que se desespera en la cárcel.

XXVII

¿En qué estado se encontraban en aquel momento los amores de Sofía Lavisine y del barón Carlos de Merieux?

La muerte terrible de su marido, aquella catástrofe, aquella viudez inesperada, ¿habían calmado acaso los ardores, la locura de la princesa? No, gracias á la profunda habilidad de M. de Merieux. Habiendo previsto los efectos físicos y morales que tan importante acontecimiento podía producir en la princesa, temiendo ver presentarse ciertos escrúpulos y ciertas delicadezas, se apresuró á decir á ésta:

—Mi amor, mi respeto hacia usted, y también el respeto que me debo á mí mismo, me obligan en estos momentos á ser en extremo reservado. No se haga ilusiones, se la observa mucho. Está usted en evidencia. Sus menores pasos se conocerían y se comentarían inmediatamente... No se exponga usted, se lo ruego, á las miradas y á las maledicencias de los curiosos y de los indiscretos... Cuide usted de su reputación... Este momento pasará rápidamente. Las gentes la olvidarán pronto, y entonces volveremos á vernos como antes... ¿No tenemos acaso toda la vida para amarnos?

Aquel gran actor, aquel gran artista con respecto á

las mujeres, le decía esas cosas con tanta ternura, parecía sufrir tanto con el sacrificio que le imponía y que se imponía á sí mismo, que la princesa, conmovida por un amor tan grande, tan desinteresado, tan absoluto, sentía que su corazón se iba aprisionando, como se habían aprisionado sus sentidos.

No contento con su resultado, el barón de Merieux quiso que Sofia Lavisine supiese que no podía ya vivir sin él. Con pretexto de arreglar unos negocios se ausentó durante algunos días, y no volvió sino después de recibir varias cartas desconsoladas, apasionadas, comprometedoras y dignas de ser conservadas.

También se creyó en el caso de darle á conocer los pequeños tormentos de los celos; se las arregló de modo que la princesa creyese por un momento que le era infiel, y cuando la pobre hubo sufrido horriblemente, le demostró con la mayor claridad que estaba equivocada, que había dudado injustamente del amante más perfecto de la tierra.

Después de haberla hecho pasar por esas diferentes fases, después de haberla sometido al ayuno y á las privaciones, cuando la encontró sumisa y regularmente hambrienta, cuando comprendió que él, por su parte, se hallaba bien descansado, dispuesto á entrar otra vez en campaña y á cubrirse de gloria, le dijo un día, con aquella voz ardiente que sabía tomar cuando quería:

—El sacrificio que me había impuesto es superior á mis fuerzas: no puedo seguir viéndote aquí, en tu casa, como un extraño... ¿No podríamos, aunque sólo fuese por poco tiempo, vivir lejos del mundo, lejos del

ruido, á solas, para amarnos sin violentarnos, libre, locamente?

—Sí, sí—exclamó la princesa con entusiasmo.—¡Ese es el más ardiente de mis deseos, mi único sueño!.. ¿Por qué no huir de París los dos juntos, viajar?.. Nada me obliga á permanecer aquí, ni siquiera esa causa criminal... El presidente del tribunal me ha concedido el no prestar declaración públicamente... Se contentará con leer mi declaración escrita. Partamos cuando quieras, mañana, hoy mismo... Vamos á viajar por Italia, por Suiza, por España. ¡Qué me importa, con tal de que esté á tu lado!

—No, alma mía, no puedo consentir en que viajes. Tanto en Francia como en el extranjero, no podrías ocultar tu personalidad en los hoteles en que tuviéramos que alojarnos. Cualquiera curioso, cualquier indiscreto se sorprendería de verme contigo. Tengo otra idea.

—Veámosla. Apuesto á que me va á gustar.

—Busquemos, para ocultar nuestra felicidad, un rinconcito muy apartado, en el campo ó á orillas del mar... Adoptaremos nombres supuestos, viviremos sencillamente, sin llamar la atención... Nadie sabrá dónde estamos, nadie vendrá á interrumpirnos... Viviremos el uno para el otro... ¡Ah! ¡qué embriaguez!

—Partamos—dijo la princesa, delirante, fuera de sí.

Eligieron para retiro una casita del lindo pueblecito de Vaucotte, situado en la costa normanda, entre Etretat é Iport.

Nunca fueron más ardientes sus amores, vivificados por la abstinencia, robustecidos por el aire del mar.

Sofía Lavisine lo olvidó todo, su rango, su fortuna, la muerte de su marido, todo, para entregarse á él sólo, al único dueño que había encontrado, á aquel que había sabido el primero calmar su imaginación y sus sentidos hasta entonces insaciables.

En cuanto á él, no se olvidaba de nada. Al contrario, pensaba sin cesar en sus proyectos y se decía sonriendo: «El príncipe Orsiloff tenía razón. El matrimonio está asegurado. La princesa y sus millones son míos.»

XXVIII

Sir Hanley Gardiner, como se lo había prometido á la señorita Bérard, emprendió inmediatamente la campaña, cuyo fin era hacer anular por el Tribunal Superior la sentencia de la Audiencia.

Después de largas conversaciones con varios abogados, adquirió el convencimiento de que las causas de nulidad que se podían invocar no tenían ninguna probabilidad de ser admitidas.

La pena de cadena perpetua correspondía perfectamente al crimen de que el jurado había reconocido culpable á Bérard, y en el curso de los debates el presidente no había cometido ninguna de aquellas faltas, de aquellos errores, de aquellos olvidos que la de-

fensa recoge y que presenta luégo como arma. En resumen, todos los requisitos de la ley se habían cumplido, y el Tribunal Superior sólo se ocupa de la forma, no entra nunca en el examen del fondo de la causa.

Adquirido ese convencimiento, sir Gardiner volvió á su idea primitiva, idea completamente americana, que consistía en no apelar á la razón de los jueces, sino en habérselas con sus pasiones y obligarles, desviando su conciencia, á que vieran causas de nulidad allí donde no las había.

Para conseguir ese resultado, quiso empezar por conocer perfectamente á sus adversarios: sus costumbres, sus gustos, sus inclinaciones, sus pasiones, sus vicios si los tenían; en una palabra, el flaco de cada uno, para poder dar el golpe con más certeza.

Esa especie de información, confiada á algunos amigos adictos, le demostró que, entre los doce consejeros que debían fallar en la nulidad de la sentencia de Bérard, cinco por lo menos eran invulnerables en absoluto, se hallaban por cima de cualquier intriga y que sería una locura querer comprar su conciencia.

Entre los otros siete, había que dejar cuatro á un lado. Eran también muy honrados, magistrados de gran talento en otro tiempo, pero que por su edad, por su cansancio y por algunas enfermedades se veían reducidos al papel de comparsas; pues en vez de formarse una opinión, tomaban la de algunos de sus colegas y votaban en igual sentido que ellos.

Estos, que tenían gran actividad, mucho y merecido prestigio, eran precisamente los tres magistrados

susceptibles, según decían, de obedecer á ciertas influencias.

Resolvió dirigir contra ellos sus baterías; pero, como era muy hábil, decidió al mismo tiempo que, personalmente, se comprometería lo menos posible. Deseaba, en interés mismo de Juana Bérard, dirigir la acción, pero no descubrirse. Le parecía, por otro lado, preferible no dirigirse directamente á sus adversarios, sino á las personas que los rodeaban, á las que pasaban por ejercer alguna presión en su espíritu, en su corazón ó en sus sentidos, puntos, los tres, esencialmente vulnerables.

Entonces abrió una nueva información que le dió los datos siguientes:

M. X..., juez suplente en un tribunal de provincia, se había casado con una mujer bastante linda, pero muy ambiciosa, que, cambiando de opinión con todos los gobiernos, halagando á todos los poderes, le había conseguido un ascenso sumamente rápido. Sin embargo, no estaba aún satisfecha de su posición de consejera del Tribunal Superior, puesto envidiado por todas las mujeres de los magistrados, y apetecía todavía más altos destinos para su marido, que se dejaba impulsar hacia treinta años y ascendía, ascendía sin saber por qué. Sir Gardiner lanzó contra aquella mujer sedienta de honores un hombre muy hábil, con encargo de hacerle vislumbrar los horizontes más hermosos si consentía en prestarle algún día su decidido apoyo.

M. Y..., el segundo de los consejeros, era muy trabajador y de una gran probidad; se había casa-

do, por desgracia suya, con una mujer encantadora, pero excesivamente gastadora, á quien no bastaba el sueldo de su marido ni para pagar á la modista. Estaba empeñada, perseguida por sus acreedores y reducida á vivir como Dios le daba á entender. Una antigua mujer de mundo, completamente adicta á sir Gardiner, se encargó de ofrecer sus servicios á aquella consejera demasiado pródiga, en cambio de otro servicio que más adelante exigiría de ella.

El tercer consejero, M. Z..., que, según malas lenguas, había permanecido soltero para poder gozar de mayor libertad, tenía fama de ser muy aficionado á las muchachas bonitas, y muy dado á aventuras amorosas. Sir Gardiner acudió á sus recuerdos, á sus apuntes y á sus fotografías, y se presentó en la calle Mosnier, en casa de la hermosa Léa, mujer que un hombre de ingenio describió con estas palabras: «No es linda, pero es mucho más peligrosa.»

XXIX

Eran las dos de la tarde. Léa acababa de levantarse, cuando su doncella le anunció que sir Hanley-Gardiner deseaba verla.

—¡Gardiner!—exclamó Léa.—¡Qué sorpresa! Que

CAPÍTULO XXIX

entre... No, espera un poco. Dame primero la bata nueva, ya sabes, la de satén blanco forrada de satén carmesí.

Por lo visto, quería aparecer ante su antiguo amigo con todas sus ventajas personales.

Momentos después se miraba en uno de los espejos de su gabinete-tocador y, encontrándose sin duda muy aceptable, dió orden de que pasara sir Gardiner.

—¡Cómo, eres tú, queridísimo!—exclamó ea cuanto le vió...—¡Gracias á Dios que te has acordado de tu Léita!

Y, al decir esto, levantaba los brazos con intención de enlazarle en ellos.

Sir Gardiner vió el movimiento, se apartó para esquivarlo y fué á tumbarse en un confidente.

—¡Cómo!—dijo Léa, algo contrariada;— ¿me recibes de ese modo?

—Haré observar á usted, querida amiga—contestó el americano,—que, en este momento, la que me recibe es usted.

—Es cierto... Por lo visto es una visita, nada más que una visita... de cumplido.

—Y de negocios, si no tiene usted inconveniente.

—¿De negocios? ¿Qué negocios podemos tener tú y yo?—Y añadió riendo:—¿Te has arruinado, acaso? ¿Vienes á pedirme dinero prestado?

—Vengo á ofrecértelo.

—Entonces, bienvenido seas, ángel mío... No podías llegar más á tiempo... Figúrate que me he visto precisada hace poco á vender las alhajas que me regalaste el año pasado... He sentido mucho tener que

desprenderme de ellas... Pero ¡qué quieres! los parisienses se van volviendo tan avaros... ¡Ay! ¡si no tuviéramos á América!... ¿Qué negocio te trae?

Para escucharle mejor, quiso sentarse á su lado en el confidente; pero sir Hanley se estiró tanto, que la joven no encontró sitio y tuvo que tomar una silla.

—Necesito—dijo Gardiner—poder contar con cierta persona, en cuyas manos está el éxito de un negocio importante... He estudiado la manera de conseguir de esa persona lo que deseo, y me he acordado de usted...

—¿Para seducirla?—repuso Léa.

—Precisamente.

—¡Qué idea más rara!... ¿Y crees?...

—Creo—continuó sir Hanley, sin mirarla,—que con esos ojos ardientes, con esos cabellos rojos que bajan hasta la cintura, con esa boca rasgada hasta las orejas, pero que enseña cosas tan lindas que quisiera uno que fuese aún mayor, creo, digo, que muy fácilmente puede usted enloquecer á la persona de que se trata.

—Por lo visto no debe parecerse á tí.

—¿Por qué?

—Porque tú, que demuestras conocerme tan bien, conservas, al parecer, tu cabal juicio.

—Lo perdí en otro tiempo.

—¡Nada más que ocho días!—dijo Léa con tono de reconvencción.

—No se necesita más para nuestro negocio... Durante ocho días de locura, consigue usted de su magistrado todo lo que quiera.

—¡Ah! ¿es un magistrado?

—Sí.

—¿Joven?

—De corazón... sí.

—¿Feo?

—Bastante.

—¿Rico?

—¿Qué le importa á usted eso?... Eso es cosa mía... No va usted á aspirar á su fortuna.

—Será á su conciencia de juez, ¿no es eso?—dijo Léa.

—Ha comprendido usted perfectamente... Es imposible encontrar mujer más inteligente.

La joven pensó un instante y repuso:

—¡Sí que debe ser divertido... seducir á un hombre de toga, con un birrete dorado y con armiño sobre los hombros!... Uno de esos hombres que nos miran desde lo alto de su estrado y que, en vez de decir la señorita Léa, dicen Léa á secas... Me alegraría ver á tu magistrado á mis pies... Pero, dime, ¿nada más que á mis pies, no es verdad? ¿No querrás que vaya más allá?

—Yo sólo quiero una cosa: que acabe por hacer lo que deseo.

—Muy bien. Cuidaré de tenerle á cierta distancia, y así será más obediente... Ahora dame los datos que necesito para sitiar á la magistratura...

XXX

Cuando estuvo perfectamente enterada de la vida, gustos y costumbres del que se trataba de sitiar, Léa formó su plan de campaña. Hubiera preferido, para hacer boca, conquistar la América. Pero el representante de aquel país, sir Hanley-Gardiner, parecía dispuesto á hacer una tenaz resistencia. En otro tiempo, en un día de debilidad, cuando no estaba sobre aviso, pudo dejarse sorprender á consecuencia de un ataque atrevido. Pero aquello fué accidental; por lo regular, el periodista americano se defendía mejor y se respetaba mucho más.

Felizmente, Léa, á pesar de su natural deseo de atraerse á un hombre tan importante como sir Gardiner y su sentimiento de tener que renunciar á él, deseaba realmente serle útil, pues sabía por experiencia que era generoso.

Una tarde, se presentó en son de guerra en la calle de Lille, en que vivía el consejero M. Z..., en un viejo hotel del siglo pasado.

Acostumbrada á las habitaciones estrechas y bajas de techo de su barrio, Léa sintió que un ligero estrechamiento recorrió su cuerpo cuando se encontró en